



Burke, Peter

Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico
Barcelona: Crítica, 2001.

LA IMAGEN ES REFLEJO del momento social que la produce. De aquí que el objetivo del historiador sea desentrañar el contexto en el cual una imagen es creada.

Peter Burke, catedrático de la Universidad de Cambridge, es considerado uno de los mejores historiadores de las últimas décadas. Ha publicado un total de 23 libros, traducidos al español. *Eyewitnessing. The Uses of Images as Historical Evidence* (Londres: Reaktion Books, 2001) publicado en español bajo el título de *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, plantea un doble cuestionamiento: la necesidad de abordar la imagen como documento subjetivo y los problemas que la utilización de aquélla genera en el análisis histórico.

El autor plantea que el registro verbal y visual no siguen caminos distintos, sino complementarios. La imagen es una forma simbólica. En lugar de tratar con las cosas, el ser humano trata con las imágenes o representaciones que él mismo construye. Todo lo que percibe está envuelto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en formas míticas, en ritos, y nada puede ver o conocer si no es por mediación de lo simbólico. El sistema simbólico le permite percibir el mundo y conocerse a sí mismo, pero ese conocimiento no es exactamente del mundo o de él mismo, sino de sus representaciones.

La imagen es una re-presentación, se encuentra en lugar de lo presente, construida en un tiempo y espacio determinados, constituye un elemento fun-

damental del discurso histórico. La imagen forma parte del contexto social que la ha gestado. Por ello la necesidad de integrar el contexto al análisis para investigar de modo adecuado, sin cortapisas ni distractores.

La consideración de Burke sobre la imagen está sujeta, como en todo documento histórico, ya sea testimonio oral, ya escrito, al análisis historiográfico. Las representaciones no son inocentes y las imágenes tampoco. En este interesante recorrido Burke explora lo que Francis Haskell llamaba el “impacto de la imagen en la imaginación histórica”.

Por medio de la imagen uno “imagina” de modo más vivo el pasado. De tal suerte que la importancia de aquélla en la vida política y religiosa es fundamental. Burke nos ofrece en este texto visiones de lo social, estereotipos de “los otros” (las cuales subyacen dolorosamente hasta en el propio país), relatos visuales (las batallas, con los lugares comunes de “vencedores y vencidos”; el cine, con los relatos subyacentes en las películas bélicas), los convencionalismos sociales imperantes, etcétera.

Burke argumenta un afortunado punto de partida: los enfoques psicoanalíticos, estructuralistas y posestructuralistas en el análisis de lo visual. Sin embargo, no explora el terreno puramente teórico, sino que lo objetiva tomando como referentes una galería de imágenes que lo mismo exploran las efigies de los emperadores romanos que los retratos de Hitler, las crónicas del tapiz de Bayeux a los lienzos de Tiziano o Botticelli, los trazos de Delacroix o Rivera a los fotogramas de Robert Gardner.

El estilo es claro, accesible, lo cual no demerita la investigación rigurosa. Burke elabora un ensayo que, más allá de consideraciones meramente estéticas, y el análisis de la composición plástica, trata a la imagen considerando la potencialidad de sus usos históricos e historiográficos, las imágenes como testimonio de imaginación y vida.

Las imágenes no son inocentes, como no lo son las representaciones. Ni siquiera el retrato, plantea el autor. La imagen en el retrato no es espejo, ya que entran en su configuración las convenciones de género que presentan al modelo de una forma determinada. Y qué decir de los retratos oficiales, como la foto de Stalin, asociando en la composición fotográfica al dictador con la modernidad “simbolizada por los tractores y las torres de alta tensión, así como por la luz del amanecer”.

Burke delimita claramente las diferencias entre iconografía e iconología, punto central en su estudio. La primera concebida como el significado convencional de las imágenes; la segunda entendida como los significados subyacentes

que revelan el carácter básico de una nación, una época, una creencia religiosa o filosófica; en este nivel, las imágenes proporcionan al historiador el testimonio útil e indispensable. Recorre obligadamente la postura que historiadores de arte como Gombrich y Panofsky han tomado respecto de la imagen, por la escuela de Warburg, y sus interpretaciones sobre los cuadros del Renacimiento. Así, Burke realiza un recorrido interesante sobre el uso de la imagen en terrenos intangibles, pero culturalmente ricos, como lo sagrado y lo sobrenatural.

A lo largo del texto, el autor explora la imagen como objeto de adoctrinamiento, objeto de culto, estímulo para la meditación y como arma en los debates. Reflexiona sobre el carácter eminentemente político que tiene el uso de la imagen en el discurso histórico, así como la configuración del pasado a través de las imágenes de lo social en las pinturas y fotografías de niños y mujeres.

Es preciso reconocer el contexto e integrar la imagen en éste para ofrecer la posibilidad de realizar una lectura global del pasado capturado por un instante en imágenes. Según palabras del fotógrafo Henri Cartier Bresson: “todo ello crea un conjunto significativo, el momento decisivo”, en el que la imagen es todo, menos inocente. (MLM)